

Color e incertidumbre

Jorge Olivera Castillo
Periodista

Era otro sitio poblado por negros y mestizos. De los dos mil hombres, más del 90% pertenecía a la raza olvidada. Los mismos moradores de las cuarterías inhabitables, los ejecutores de los trabajos más rudos, peligrosos y peor remunerados. La gente a la que se tiene por perversa, antiestética y torpe. Una mayoría allí, en las márgenes de la existencia, sin otra elección que el instinto estimulado por el hambre, el maltrato y un olvido científico.

Todos como huéspedes de la cárcel de Guantánamo, justo al lado de esa otra prisión donde el ejército norteamericano mantiene confinados a varias decenas de presuntos terroristas.

Fui parte de esa población no por ser negro, sino por ejercer mi derecho a la libertad de palabra. Por saltar la verja de los decretos, por hacer caso omiso a las reglas de censores y comisarios.

Debí callar, asentir como se le pide a los negros en Cuba, como muestra de agradecimiento a quienes se autoproclaman nuestros emancipadores. No hubo margen para el perdón. Rompí el pacto, me sublevé con una máquina de escribir Remington casi tan vieja como mi madre, unas hojas blancas y mi decisión de ponerle letras a mis pensamientos.

El aborrecimiento por razones ideológicas tomó mayor dimensión. Hijo de un padre mestizo “adelantado” y de una madre un poco más pigmentada, mi color de piel fue claro, mi nariz chata y el pelo tieso. Un mulato para algunos, un negro para otros.

El fiscal y los acusadores, vestidos con el atuendo militar (todos blancos), no podían disimular la sobredosis de odio cuando se me concedió el derecho a manifestarme en uno de los momentos del juicio. De los cuatro periodistas independientes acusados, yo era el único negro.

Las frases que pude articular en medio del terror fueron serenas, pero con el sentido de la réplica. Quizás el tono de las exposiciones, mi origen étnico y la atmósfera estalinista, se juntaron para que mi sanción se elevara. La petición requería 15 años: finalmente resultaron 18 y el envío al extremo oriental del país. Nada más y nada menos que a Guantánamo, a más de 900 kilómetros de la Ciudad de la Habana, mi lugar de residencia durante 46 años.

De no ser por la diferencia del idioma, cualquier observador ajeno a los asuntos cubanos podría confundir el Combinado Provincial de Guantánamo con una prisión

del antiguo régimen de Sudáfrica. Negros por doquier durmiendo en el piso, enfrascados en peleas a muerte, intentando una y otra vez el suicidio, alimentados como cerdos.

Esa es la otra casa de los negros cubanos. Del cuartucho sin pintar, apenas sin mobiliario, las grietas en techos y paredes y la convivencia multigeneracional, a alguna de las más de 200 prisiones y campos de trabajo que existen en Cuba. Es un viaje que se repite y se multiplica por toda la geografía insular. La población penal está conformada mayormente por negros y mulatos. Según investigadores independientes, alrededor de 70,000 se encuentran tras las rejas. Esto equivale a aceptar que no menos del 80% de los sancionados pertenece a este grupo racial.

La animadversión hacia los que tienen la piel oscura o algún rasgo que delate la procedencia de sus ancestros africanos, es algo visible y cotidiano. Los requerimientos policiales en la vía pública tienen como víctimas a los más negros. La intensidad de la coloración interviene en la profundidad o moderación de las actitudes discriminatorias.

Un mestizo cuenta con un margen de maniobra más amplio que sus congéneres más pigmentados, aunque esto no quiere decir que esté a salvo del rechazo, en sus múltiples manifestaciones.

Los indicadores de negritud y fealdad son tabúes inamovibles para integrarse en sectores emergentes de la economía como el turismo, donde las posibilidades salariales son mejores. Hay excepciones, pero la tónica radica en vetar las aspiraciones de la población más oscura para acceder a empleos o puestos de importancia en empresas e instituciones públicas. De las gerencias de los hoteles, del periodismo televisivo, de las altas responsabilidades políticas y militares, del rol protagónico en las series cinematográficas, el negro queda descartado. En los hoteles son

cocineros, mayordomos, almaceneros, mozos de limpieza. En los programas de televisión las mujeres negras tienen un poco de visibilidad, sobre todo las periodistas. Los hombres negros aparecen sólo ocasionalmente. Los que se desempeñan en el ámbito informativo sólo figuran en las emisiones del cierre, cuando la audiencia es casi nula. En el cine, el negro sobresale en los papeles de esclavo, o en representación del delincuente. Es casi siempre el que le imprime veracidad al personaje vulgar, desaliñado, inculto, jaranero, rayano en la caricatura.

No es que no haya negros de tales características. Lo insidioso es la reiteración del estereotipo, que abre paso a la diferencia de razas y a la supuesta superioridad del hombre blanco. ¿Por qué se omite deliberadamente, se minimiza o se caricaturiza a través de clichés propagandísticos la verdadera historia del negro en Cuba?

Si tomamos como guía las políticas del actual régimen en su casi medio siglo en el poder respecto a la participación e integración del negro, podemos llegar a la conclusión que este sector muestra un decrecimiento ostensible tanto en el nivel de vida como en la aceptabilidad social. A duras penas se ha abierto espacios en la música, el deporte y la danza, especialmente la folclórica. Esto no obedece de manera primordial a incentivos especiales: los éxitos van a cuenta del talento y el esfuerzo individual. Realidades manipuladas por el *establishment* para sostener en el imaginario popular la idea de que la revolución "socialista" rescató al negro del abandono y de la más absoluta miseria.

Antes de 1959, el negro sufría en Cuba cierto grado de segregación, pero sin que ésta pueda compararse con el racismo que por esos tiempos imperaba en buena parte de los Estados Unidos. El pasado colonial, donde el negro había constituido una especie de bestia

humana, incidía en su asimilación por una sociedad formada en su mayoría por descendientes de españoles que definitivamente impusieron conductas y valores culturales heredados de padres esclavistas de hecho o de pensamiento, que veían al negro como un ser inferior.

A pesar de sus orígenes, este segmento de la población dejó su impronta en la identidad nacional. Con tenacidad y salvando obstáculos de diversa magnitud, Martín Morúa Delgado llegó a presidir el Senado en la primera década del siglo XX. Antes, Juan Gualberto Gómez fue un artífice de la guerra de independencia, junto a José Martí. La historia recoge la obra de Brindis de Salas, Beny Moré y Dámaso Pérez Prado, tres músicos, de un nutrido grupo de estrellas, que fascinaron a blancos y negros con unas melodías que quedaron para la eternidad.

En sentido general no se podía decir que los negros eran felices, ni que todos tuvieran la oportunidad de procurarse una existencia al margen de la pobreza y el rechazo, pero tampoco vivían una realidad como la que suelen pintar los actuales patrocinadores del poder absoluto.

Digo esto por mi familia. Mi abuela por vía materna, una negra doméstica y analfabeta, fue la que me enseñó los buenos modales, el debido respeto a las personas mayores, los hábitos para comer correctamente en la mesa. El abuelo, un tabaquero minusválido y con escasa instrucción, resultó ser un paradigma de la bondad, del trabajo honesto, del amor hacia la familia, de la inclinación por compartir el pan con los más desgraciados y del conocimiento empírico. Parecía, con sus disertaciones sobre prácticamente cualquier tema, que su profesión era el magisterio. La avidez por la lectura le proporcionaba un atajo para huir de la ignorancia.



“Nunca nos acostamos sin comer, por muy mala que estuviera la situación”, me decía la abuela con casi 90 años de edad, lúcida y sin aspavientos. Boniato, leche, harina de maíz, carne salada. Ese era el menú para los tiempos de crisis económica de los primeros años de la década del treinta, en la época en que gobernaba, con mano de hierro, Gerardo Machado. Un manjar inalcanzable para muchísimas familias cubanas en pleno siglo XXI.

Con el advenimiento del proceso revolucionario, en razón del discurso que prometía la redención de la raza negra -es decir, que prometía otorgarle credenciales de igualdad y posibilidades para que se borraran las huellas del prejuicio-, se cifraron expectativas demasiado ambiciosas.

Muchas familias negras experimentaron un salto cualitativo en sus modos de vida. Llegaron a disfrutar de refrigerador, televi-

sor y un poder adquisitivo que, si bien nunca llegó a superar, en términos comparativos, al de los núcleos familiares formados por blancos, podía permitir un consumo normal de alimentos y servicios.

Los subsidios soviéticos engrasaban la maquinaria populista y el tema racial pasó a un segundo plano. El grueso de la población negra cayó en la trampa. A cambio de la preconcebida táctica de abrirles la puerta hacia cierto desarrollo intelectual y económico, se les hizo creer que había llegado el bienestar y la seguridad de por vida.

Fueron los apoyos del incipiente totalitarismo. Las fuerzas de choque para incriminar y acosar a la clase media y alta que los había discriminado durante decenas de años.

Aún surten efecto las sostenidas campañas mediáticas y el traspaso generacional de la peregrina idea que insiste en valorar a los nuevos racistas en el poder como los benefactores de los negros. Es por eso que muchos de los porristas de ahora son de ascendencia africana. Una escena que profundiza la confusión y agrega cuotas al trauma de la llamada gente de color en una eventual transición a la democracia.

Ganancias extraterritoriales

El alcance de la estrategia de crear un soporte transnacional negro, exhibe una hoja llena de satisfacciones. En África, hay una buena cosecha de adherentes. Antiguos jefes guerrilleros convertidos en políticos de relevancia local e internacional, artistas y figuras prominentes del ámbito religioso, entre otros, brindan elogios y todo tipo de asistencia diplomática a La Habana, lo cual le evita condenas y recriminaciones en foros mundiales tales como la Asamblea General de las Naciones Unidas y el Consejo de Derechos Humanos.

Las poleas que mueven el andamiaje ideológico basado en el nacionalismo y la criminalización de la diversidad de criterios, tienen en el continente negro a solícitos obreros que no reparan en poner en función sus oficios en pos de salvar el “prestigio” de quien ofrece gratuidades al por mayor. Miles de médicos, entrenadores deportivos, asesores militares y especialistas en múltiples materias han pasado por las selvas de Gambia, los bosques de Togo, las planicies de Zimbabwe y los matorrales de Lesotho. El peregrinar por África es constante, una suerte de safari donde la presa es el compromiso tácito de cumplir con los pedidos de los tutores.

La transacción es sutil, casi imposible de denunciar por su trasfondo humanitario. Nelson Mandela, Sam Nujoma, José Eduardo Dos Santos, Robert Mugabe, son personalidades fieles a la dictadura cubana. No se olvidan de los auxilios brindados en la guerra contra el colonialismo y sus partidarios. En Argelia, Etiopía y Angola, murieron miles de cubanos jóvenes. Los negros cubanos, sobre todo en Angola, tuvieron una destacada participación. Se dice que fue así porque era la manera de que el ejército sudafricano no advirtiera si el contrario era angoleño o antillano. Por supuesto, innumerables familias negras en Cuba se vistieron de luto.

Es posible que ninguno de los personajes mencionados sepa de las desgracias de sus hermanos de raza a intramuros. Quizás hasta crean que son infames descripciones o simples estratagemas con el fin de desacreditar al gobierno.

No puede descartarse la complicidad o bien una forma de hacer tangible su odio a los Estados Unidos a través de la creación de una retaguardia fiel y amable a los regentes del partido único que administra la Isla como si se tratara de una plantación feudal.

Como extensión de la solidaridad negra, resalta el contubernio de un sector afronorte-americano con las elites políticas y culturales de la Isla. Las muestras de afinidad las han escenificado personajes del mundo artístico de la talla de Danny Glover y Harry Belafonte, dos voces sumadas a los alegatos que estigmatizan a las estructuras democráticas estadounidenses y que en cambio permanecen ciegos ante el dilema de la mayoría negra y mestiza al interior de Cuba. Ellos creen en las loas pro gubernamentales del eminente pianista Chucho Valdés y la línea discursiva, también a tono con la filosofía de los dueños del país, de la laureada poetisa Nancy Morejón. Un par de artistas, con reconocimiento y talentosos, pero reacios a tomar partido ante la realidad sufrida por cientos de miles de personas con su misma pigmentación, relegadas a la periferia, al abandono. Condenadas a ser miradas y juzgadas como escoria, a sobrevivir en cuarterías toda su vida y a sentir que la cárcel es como una prolongación de su destino.

No es raro que los negros que han tenido la suerte de posicionarse en Cuba, ya sea por su talento o por su colaboracionismo con el régimen, tengan a bien olvidarse de los infortunios del resto. No quieren problemas. Viven holgadamente, viajan, publican su obra. No es mi propósito generalizar, estaría faltando a la objetividad; sin embargo, debo admitir que, lamentablemente, la sinceridad y la

valentía no distinguen al grueso de la intelectualidad negra a la hora de señalar las reales condiciones de su raza, en un país donde según los estimados constituyen cerca del 60% de la población, incluyendo a los considerados mestizos.

Sin dudas, al negro cubano le queda un largo camino por recorrer. Sus avances fueron plausibles en las primeras etapas de fuego revolucionario, pero aquí la dialéctica no ha funcionado. El estancamiento es evidente. Las causas encuentran sustento en la superficialidad de los enfoques oficiales, en la preeminencia de la mentalidad racista en muchos de los líderes políticos de la Isla, y en una exacerbación del fenómeno a partir de la entrada de inversionistas foráneos que priorizan la empleomanía blanca.

Quien quiera ver una muestra genuina de la tragedia de la negritud, sólo tiene que decidirse a dar un paseo por algunas zonas de la Habana Vieja, Centro Habana o Marianao, tres municipios capitalinos donde la miseria se viste de negro y es espesa como una tormenta.

En las prisiones, el observador encontrará una escandalosa presencia de negros. Por resistirme al silencio, yo mismo estuve en esos mundos casi dos años. Por criticar cosas que creí desacertadas. Una de ellas es y será el racismo.